ENTRE DOS MUNDOS

"No es el tiempo, no es la distancia, es la conexión."

POR: XAVIER PAZ

2025

ENTRE DOS MUNDOS

"No es el tiempo, no es la distancia, es la conexión."

POR: XAVIER PAZ

2025

LIBRO: ENTRE DOS MUNDOS

AUTOR: XAVIER PAZ

AÑO: 2025

I EDICIÓN

(VERSIÓN EN ESPAÑOL)



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Entre Dos Mundos no es solo un libro de relatos.

Es un espejo fragmentado de momentos que alguna vez vivimos, soñamos o simplemente sentimos.

Cada historia aquí nace de un lugar distinto del alma, pero todas convergen en lo esencial: la necesidad humana de amar, de recordar, de esperar y de creer, incluso cuando todo parece perdido.

Este libro es también un homenaje a quienes, en algún momento de mi vida, me regalaron una chispa de inspiración, una lágrima, una sonrisa o un suspiro.

A quienes fueron mi luz cuando el mundo parecía apagado.

Y a quienes siguen aquí, incluso desde la distancia, habitando el lado invisible de mi corazón.

Gracias por tomar este libro en tus manos.

Ahora te invito a cruzar conmigo el umbral.

A descubrir qué ocurre cuando estás ENTRE DOS MUNDOS

-Xavier Paz

PRÓLOGO

Dicen que entre cada mundo hay una grieta.

Un espacio diminuto donde los imposibles se cruzan, donde las almas se rozan sin entender del todo por qué.

Allí, entre el sueño y la vigilia, entre el pasado y el deseo, nacen estas historias.

Hay encuentros fugaces que duran una eternidad.

Hay despedidas que jamás terminan de irse.

Y hay personas que llegan a nosotros como si ya nos conocieran, como si fueran parte de algo que existió mucho antes de que empezara nuestra vida.

Entre Dos Mundos es una invitación a creer en eso.

A abrir la puerta que separa lo tangible de lo profundo.

A recordar que a veces, un atardecer, una carta, una mirada o una promesa pueden sostenernos por siempre.

Porque no todas las conexiones se explican con lógica.

Algunas simplemente se sienten.

Así que, lector o lectora...

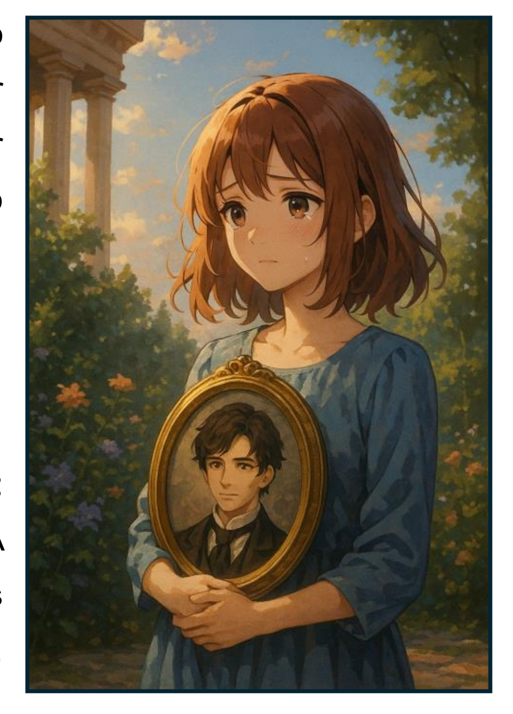
Tomá aire.

Entrá despacio.

Y habita estas páginas como quien entra en un lugar sagrado, lleno de memorias que quizás, en el fondo, también son tuyas.

-Xavier Paz

EL AMOR Y EL TIEMPO



Desde pequeña, Amelia soñaba con lugares que no existían en su mundo: salones iluminados por candelabros de cristal, calles de adoquines mojados por la lluvia, campos infinitos donde el trigo danzaba al ritmo del viento.

Y en medio de esos sueños, siempre aparecía él.

No sabía su nombre, pero lo reconocía en cada mirada: el chico de los cabellos oscuros y la sonrisa triste. A veces la tomaba de la mano y corrían bajo cielos dorados; otras, simplemente la observaba desde lejos, como si temiera romper algo frágil entre ellos.

Con los años, Amelia aprendió a guardar silencio. ¿Cómo explicarle a alguien que cada noche vivía en otro siglo, en otro mundo?

Los sueños eran tan vívidos que despertaba llorando, sintiendo en su piel el frío de los pasillos de mármol, el aroma a lilas de los jardines antiguos, la tibieza de unos dedos que apenas rozaban los suyos.

Una tarde de otoño, mientras vagaba por la ciudad buscando escapar de esa sensación de vacío inexplicable, Amelia entró a un museo. Sin planearlo. Sin pensar.

Era una exposición temporal: "Retratos Perdidos del Siglo XIX".

Caminaba entre los cuadros antiguos cuando lo vio.

Su corazón se detuvo.

Allí estaba él.

Enmarcado en dorado, vestido con un traje oscuro, la misma mirada profunda que en sus sueños.

Bajo el retrato, una pequeña placa decía:

"Adrián Valcourt (1847–1865). Hijo único de la familia Valcourt. Desapareció en circunstancias misteriosas a los dieciocho años. Antes de su desaparición, aseguraba soñar cada noche con una joven desconocida que lo esperaba en otro tiempo."

Amelia retrocedió un paso, mareada.

Sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. No era posible... ¿o sí?

Cada noche siguiente, los sueños se hicieron más intensos. Ya no eran sólo paseos o miradas: ahora escuchaba su voz.

"Te he buscado tanto tiempo", decía él en susurros rotos.

"Prometí encontrarte... aún si debía cruzar los siglos."

Una noche, la visión cambió.

Amelia soñó que corría por los campos, pero esta vez el cielo era gris, y las hojas caían como lágrimas doradas. Adrián estaba allí, esperándola en la puerta de una casa de piedra cubierta de hiedra.

—No te vayas —suplicó ella en el sueño—.

—Tienes que recordarme —fue todo lo que dijo él antes de desaparecer entre la niebla.

Amelia despertó llorando. Algo en su pecho dolía como si hubiera perdido algo que nunca tuvo.

Esa misma semana, volvió al museo, pero el cuadro ya no estaba.

Preguntó a los encargados, pero nadie recordaba haber tenido tal retrato en exposición.

Buscó en catálogos, en archivos, incluso en internet. Nada.

Era como si Adrián Valcourt nunca hubiera existido.

¿Había sido todo producto de su mente? ¿O acaso algunos amores están condenados a vivir sólo en los lugares donde los sueños y el tiempo se cruzan?

Amelia nunca dejó de soñar con él.

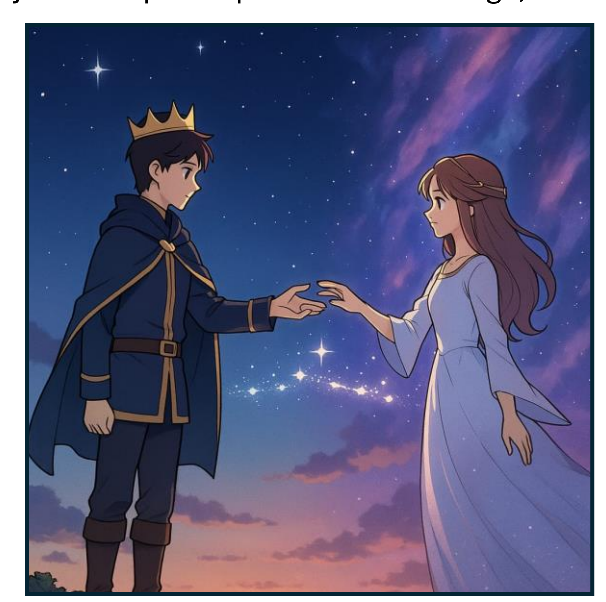
Y cada vez que el viento soplaba fuerte, sentía, en algún rincón de su alma, que Adrián también seguía buscando el camino de regreso hacia ella.

Después de todo, hay promesas que ni siquiera el tiempo puede romper.

ENTRE DOS MUNDOS

Dicen que una vez, en un rincón olvidado del cosmos, existió un Rey de un mundo lejano.

Era un hombre noble y valiente, portador de un linaje antiguo que pesaba sobre sus hombros como una corona forjada en responsabilidades y sueños rotos. Gobernaba con justicia, guiado por la sabiduría de sus ancestros y el amor por su pueblo. Sin embargo, en lo más profundo de su alma, guardaba un anhelo silencioso: la certeza de que algo, o alguien, faltaba en su mundo.



Las estrellas, piadosas o quizás traviesas, atendieron su deseo.

Una noche que no era como las demás, durante un raro fenómeno cósmico en el que los mundos se rozaban como amantes furtivos, el Rey cruzó el umbral de su universo y entró en otro… uno que no conocía, pero que su corazón reconoció de inmediato.

Allí la vio.

La Reina de un mundo aún más lejano y distinto al suyo.

Ella era todo lo que su alma jamás se atrevió a soñar: un ser hecho de luz, de risas que acariciaban el alma y de ojos que contenían la promesa de un hogar que él nunca había tenido.

Ella era paz, era primavera en medio del invierno más crudo. Cada movimiento suyo era como un poema que el viento recitaba, y su sonrisa… oh, su sonrisa, podía hacer florecer los desiertos y cantar a las montañas dormidas.

Su encuentro fue breve, como un susurro perdido en el viento, como una estrella fugaz que atraviesa la eternidad en un parpadeo.

Pero en esos instantes robados al destino, el universo mismo se detuvo.

Reían bajo las estrellas, caminaban entre dimensiones donde el tiempo se rendía a su paso, hablaban en susurros y miradas que decían más que mil palabras.

Y juntos, por un momento, soñaron con alcanzar alguna estrella: de esas que aparecen tímidas, justo cuando el sol aún no ha terminado de ocultarse.

Se prometieron en silencio infinitas posibilidades.

Se amaron sin pronunciarlo, porque sabían que el amor verdadero no siempre necesita ser nombrado.

Pero el destino, siempre celoso de la felicidad, recordó que sus mundos no debían mezclarse.

Los deberes del Rey lo llamaban.

Las responsabilidades de la Reina la reclamaban.

Sus realidades, separadas por barreras invisibles, comenzaban a deshilacharse, como un tapiz roto por manos impacientes.

Y así, bajo un cielo enrojecido por la melancolía, se despidieron.

Con un último beso invisible, una última mirada cargada de eternidad, el Rey susurró, esta vez no como monarca, sino como un hombre con el corazón en carne viva:

"No sé si vuelva a coincidir contigo en otro universo, en otro mundo o en otra vida. Quizás te encuentre otra vez, o quizás me cueste un poco más. Ya que estás en esta realidad junto conmigo… gracias por cada momento único en esta vida."

Ella, sin necesidad de palabras, le respondió con una sonrisa quebrada que decía todo lo que su voz no se atrevió a pronunciar.

Los mundos se separaron, y los portales entre ellos se cerraron como cicatrices que el tiempo no logra borrar.

Los años pasaron.

En sus respectivos reinos, en vidas llenas de deberes y silencios, ambos intentaron continuar.

Pero cada amanecer, cuando el primer rayo de sol atravesaba los vitrales de su castillo, el Rey veía su luz reflejada en el cielo.

Y en cada susurro del viento, cuando las flores bailaban en la pradera de su mundo, la Reina escuchaba la risa que había amado una vez.

En sus corazones, aquel instante breve se convirtió en eternidad.

Hay amores que desafían la razón, la lógica, los mundos, el tiempo.

Conexiones tan puras que ni siquiera la muerte podría romper.

Y así, en algún rincón olvidado del vasto universo, entre estrellas antiguas y suspiros de mundos que alguna vez se rozaron, el Rey y la Reina siguen buscándose…

porque saben que el verdadero amor nunca termina, sólo cambia de forma, esperando el momento exacto para volver a renacer.

SAMY



En los confines del universo, donde el tiempo parecía dormir y las galaxias se mecían como sueños olvidados, existía un mundo llamado simplemente "X".

Era un lugar sin colores, donde el viento vagaba sin rumbo y los ríos no sabían cantar.

X había olvidado lo que era reír, amar, sentir.

Era un mundo que existía, pero no vivía.

Las estrellas más sabias, viendo su tristeza desde lejos, se reunieron en un consejo silencioso. Decidieron enviar un regalo especial, un ser pequeño pero capaz de cambiarlo todo.

Así nació "Samy".

Samy no era una estrella común. No brillaba por ser la más grande, ni la más antigua.

Brillaba porque en su interior guardaba algo que el universo había olvidado: la alegría pura, el amor incondicional, y la paz que sólo existe en los corazones más generosos.

Cuando Samy abrió sus ojos de luz, entendió su misión.

Sin dudarlo, atravesó nubes de polvo cósmico, esquivó cometas dormidos, y navegó entre auroras antiguas, hasta llegar a aquel mundo gris y silencioso.

Cuando Samy tocó la superficie de X, algo increíble ocurrió.

Primero, un pequeño brote verde asomó tímidamente entre las grietas de la tierra seca.

Luego, una brisa cálida —que no sabía que podía ser cálida— acarició las montañas olvidadas.

Los ríos recordaron su música y comenzaron a cantar en voz baja, tímidamente, como niños que despiertan de un largo sueño.

X abrió sus ojos invisibles y sintió algo que nunca antes había sentido: calidez.

Samy no sólo trajo luz.

Samy enseñó a las piedras a soñar.

A las nubes a abrazar los cielos.

A las noches a no temerle al amanecer.

Cada rincón del mundo que tocaba con su fulgor, Samy lo llenaba de paz, amor y cariño.

Los árboles, que nunca habían sentido ternura, comenzaron a mecerse suavemente como si acunaran melodías.

Los lagos, antes inmóviles, reflejaron las estrellas bailando en sus aguas.

Hasta el viento, ese errante solitario, se detuvo a susurrar palabras dulces entre las flores nuevas.

X, el mundo que una vez fue frío y vacío, ahora palpitaba de vida.

Y aunque Samy era una estrella y su estancia en un mundo físico no podría ser eterna, dejó algo mucho más poderoso que su luz: semillas invisibles de amor, que seguirían creciendo en cada rincón de X mucho después de su partida.

Desde entonces, cuando en X cae la noche y el cielo se viste de terciopelo oscuro, una única estrella brilla más intensamente que todas las demás.

Y todos en X saben su nombre.

Samy.

La estrella que enseñó a un mundo vacío a latir otra vez.

LA PROFECÍA DE LA VIEJA NACHA

Dicen que en los pueblos pequeños no hay secretos, sólo silencios bien guardados.

San José del Encanto era uno de esos lugares donde el sol parecía más lento, las campanas más fuertes, y los ojos de la gente sabían demasiado. Las casas con corredores largos, los gallos que cantaban antes de tiempo, y las señoras que barrían no sólo la calle, sino las historias ajenas... eran parte del alma del pueblo.



Y en el centro de todo eso, como una reliquia viva, estaba la vieja Nacha.

Tenía ochenta y pico de años —nadie sabía cuántos con certeza—, una espalda que parecía haber cargado siglos y unos ojos pequeños pero afilados como puñales de obsidiana. Se sentaba en el primer banco de la iglesia todos los días, no tanto por fe, sino por... vigilancia. Observaba. Escuchaba. Y cuando hablaba, nadie sabía si era chisme o presagio.

Un día, el pueblo se alborotó: llegaba un seminarista nuevo.

Dicen que venía desde la ciudad, mandado por el obispo para aprender la humildad de los pueblos antes de su ordenación. Era joven, apuesto, de hablar pausado y sonrisa de domingo: se llamaba Gabriel.

Gabriel tenía el alma llena de fe, pero también de dudas que nunca decía en voz alta.

Su llegada fue recibida con curiosidad, pero no tardó en volverse tema favorito entre las mujeres del pueblo. A todas les parecía una bendición... y a algunas, un castigo divino por la tentación que despertaba.

Entre esas miradas curiosas estaba Lucía, la hija menor del boticario.

Lucía no era sólo hermosa: era diferente.

Caminaba como si flotara, y hablaba poco, pero cada palabra suya parecía una nota de música. Usaba vestidos claros y trenzas que el viento jugaba a deshacer. Le gustaba pasar por la iglesia al atardecer, cuando nadie más lo hacía, como si buscara silencio para hablar con Dios… o consigo misma.

Fue en uno de esos atardeceres cuando Gabriel la vio por primera vez.

Y desde entonces, la paz del seminarista comenzó a tambalear.

Las miradas fueron discretas, luego inevitables. Las conversaciones cortas, luego prolongadas. Y finalmente, sin querer —o queriendo demasiado—, los dos jóvenes comenzaron a encontrarse en los rincones del pueblo donde nadie miraba… o eso creían.

Porque La Vieja Nacha siempre estaba mirando.

Una tarde, sentada en su mecedora, mientras desgranaba maíz con la precisión de una hechicera antigua, Nacha le dijo a su esposo —ya medio sordo y dormido en el corredor—:



- “Te dije, viejo… El seminarista no llega a cura.”

El hombre no respondió. Pero el viento se llevó la frase y la sembró en el aire.

Y la profecía comenzó a cumplirse.

Gabriel, por dentro, era una tormenta. Las noches ya no eran de oración, sino de insomnio. Cada vez que veía a Lucía, sentía que estaba traicionando su camino… pero cuando no la veía, sentía que traicionaba su alma.

Lucía, por su parte, no sabía si huir o quedarse. Sabía que amar a un seminarista era como escribir cartas al mar: podía entregarlo todo, pero jamás sabría si sería devuelta.

Las cosas llegaron a su clímax la noche del Corpus Christi.

El pueblo entero asistió a la misa. Nacha, como siempre, estaba al frente, con su rebozo negro y su mirada de fuego. Gabriel celebró la liturgia con las manos temblorosas y los ojos ausentes.

Y justo cuando alzó la hostia consagrada, Lucía entró por la puerta principal.

En ese instante, se miraron.

No como sacerdote y feligresa. No como seminarista y pecado.

Sino como dos almas que se reconocían después de vidas enteras buscándose.

Nacha lo supo. Todos lo supieron.

Esa misma noche, Gabriel dejó una carta en la sacristía. No huyó. No negó su fe. Pero confesó que su camino no era el del altar, sino el del amor. Que había buscado a Dios en los libros, en los rezos, en el incienso… y lo había encontrado, de forma insospechada, en los ojos de una mujer.

Lucía y él desaparecieron del pueblo al amanecer, como si fueran parte de un milagro o una leyenda.

La vieja Nacha, sentada en su banca de siempre, sólo murmuró:

> “Cuando uno ha visto tantos amores prohibidos como yo, aprende a reconocer los que vienen escritos en las estrellas.”

Desde entonces, cada vez que un seminarista nuevo llega a San José del Encanto, alguien recuerda aquella frase, mitad chisme y mitad profecía:

“El seminarista no llega a cura.”

Y la mecedora de la vieja Nacha sigue crujiendo, como si ella todavía estuviera ahí, esperando ver el próximo milagro… o el próximo escándalo.

NO TARDES

Nadie sabe su nombre.

Algunos dicen que se llama Xander, otros lo llaman El Soñador. Pero nadie lo ha escuchado decirlo. Vive en una pequeña casa al borde del acantilado, donde el océano canta su música melancólica y el sol se despide cada tarde con una reverencia de fuego.



Llega al mismo lugar todos los días: una banca de madera vieja, junto al farol que nunca enciende. Se sienta justo cuando el cielo empieza a teñirse de colores imposibles y los pájaros regresan en silencio a sus nidos. Ahí, en el umbral del día y la noche, él espera.

No espera a cualquiera.

Espera a *ella*.

A la que su corazón conoce sin haber tocado.

A la que sus ojos ansían sin haber visto.

A la que su alma recuerda… de otro tiempo, otro mundo, quizás otra vida.

Dicen que cuando era niño, su abuela le contó que todos estamos hechos de retazos de estrellas y que, entre esos retazos, hay uno que encaja solo con otro igual. Que hay una persona que brilla con la misma intensidad que uno… y que, si se tiene paciencia y fe, algún día, los hilos del destino los reúnen.

Él creyó. Y nunca dejó de creer.

Vivió como todos: fue niño, fue joven, fue estudiante. Rió con amigos, lloró por pérdidas, a veces amó… pero nunca con el corazón completo. Siempre, en el rincón más callado de su pecho, había una *silla vacía. Nadie podía llenarla. Porque no era para cualquiera. Era para ella.

Así pasaron los años.

Los amigos se casaron. Tuvieron hijos. Se mudaron.

Él no.

No porque no pudiera. No porque no quisiera.

Sino porque *sabía* que debía esperar.

Que si salía corriendo tras lo fácil, perdería lo verdadero.

A veces la espera duele.

En noches largas, se acuesta mirando el techo, preguntándose si tal vez se equivocó. Si tal vez ella se perdió en otro camino, si el destino tomó otra ruta, si el reloj del universo no estaba sincronizado.

Pero cada vez que el sol comienza a caer y pinta el cielo con tonos de fuego, el corazón le dice:

“No te vayas aún. Puede que hoy sea el día.”

Y entonces va al café del pueblo, donde el aroma a vainilla y libros viejos lo envuelve. Se sienta cerca de la ventana, pidiendo siempre lo mismo: un espresso corto y un panecillo de canela. Mira a cada persona que entra, no con ansiedad, sino con esa calma de quien confía.

Cuando no aparece, paga la cuenta, se despide con una sonrisa, y camina hacia el malecón.

Ahí, frente al océano incierto y vasto, con el sol por ocultarse, se sienta a esperarla otra vez.

A veces escribe.

Otras, sólo escucha.

El mar tiene un idioma antiguo que sólo los que esperan en silencio pueden entender.

Le ha hablado de promesas, de caminos cruzados, de vidas que se buscan sin encontrarse. Pero también le ha susurrado algo que él guarda con celo:

"Ella también te espera."

Quizá en otro lugar.

Quizá mirando otro mar.

Pero también sintiendo ese huequito en el alma.

También sabiendo que algo, alguien, le falta.

Por eso no se rinde.

Porque el amor verdadero no necesita pruebas ni fechas. Sólo certeza.

Y aunque el viento se lleve los años, aunque el mundo cambie de forma, aunque la espera sea larga, él sabe que llegará el día. En el café, o en el acantilado. En medio de un cielo estrellado o en el crujir de una banca solitaria.

Llegará.

Y cuando sus ojos se encuentren, no se preguntarán nada.

Porque ambos sabrán que toda la espera valió la pena.

Porque algunos amores no se buscan: se reconocen.

Y mientras tanto, si alguna vez visitas aquel pueblo costero, tal vez lo veas:

Solo, sereno, con la mirada perdida en el horizonte…

esperando, no con ansiedad, sino con fe.

Esperando a quien ya vive dentro de él.

LA PROMESA DE MARGARITA

(En honor a Rubén Darío, poeta universal)

Dicen que en un rincón del cielo, donde los sueños de los niños aún flotan como hojas doradas sobre el viento, vive Margarita, aquella princesa de cabellos de oro que un día bajó a la tierra para buscar una estrella.

El tiempo pasó, los reinos cambiaron, las estrellas continuaron girando en la inmensidad, pero *Margarita no olvidó jamás aquel jardín secreto donde bailaba con las flores y el rocío.* Tampoco olvidó al buen poeta que narró su travesía, el que con palabras le regaló la eternidad.

Ahora, Margarita ha crecido.

Su corazón es aún más puro, su sonrisa aún más dulce.

Pero algo dentro de ella le susurra que la aventura no ha terminado.

Una noche de verano, mientras la luna peinaba de plata los jardines, Margarita sintió en su pecho el llamado del viento, como una vieja canción olvidada. Descalza, con su vestido bordado de encajes, cruzó los campos, siguiendo el susurro que sólo los valientes pueden oír.

Cruzó ríos, subió colinas, y cuando llegó al borde del mundo conocido, encontró un lago inmenso, más grande que cualquier mar. Sobre sus aguas danzaban luces tenues como si mil luciérnagas hubieran salido a recibirla.

Y entonces, la vio.

Una nueva estrella, más hermosa que cualquiera que hubiera visto antes, flotaba sobre el lago, como esperando por ella.

La voz del viento —¿o acaso era la voz del poeta?— le dijo al oído:

> *"Margarita, ya tomaste una estrella del cielo.*

> *Hoy, toma también la promesa de un amor eterno,*

> *uno que viva más allá de las fronteras del tiempo y la distancia*."

Con manos temblorosas, Margarita tocó la superficie del lago, y al hacerlo, la estrella bajó, y en un destello de luz suave, se transformó en un pequeño niño, envuelto en un manto de sueños.

Era la vida misma, una promesa nueva, un regalo de fe, ternura y esperanza.

Margarita tomó al niño en brazos y supo, sin palabras, que esa era su misión ahora: cuidar, amar, sembrar nuevas estrellas en los corazones del mundo.

Desde entonces, cada vez que alguien sueña profundamente, cada vez que un niño sonríe mirando al cielo, es Margarita quien lo abraza en secreto, quien susurra canciones antiguas a su oído.

Y el poeta, aquel de voz inmortal, sonríe desde su rincón eterno, viendo cómo su princesa sigue sembrando la luz que un día bajó a buscar.

Porque algunas historias no terminan nunca.

Sólo aprenden a brillar en otros cielos.

MARGARITA DEBAYLE, ENTRE TU MUNDO Y EL MÍO. (Poema)

Margarita, está linda la mar,
Señorita, del alba princesa,
del lirio y del astro, del viento y la mar,
subiste en tu nave de seda traviesa
y al cielo tornaste para suspirar.



La estrella que un día del éter tomaste,
corona de sueños, fulgor de ilusión,
hoy duerme en tus manos, pues nunca olvidaste
las voces antiguas de tu corazón.

De mármol y nardos, tus pasos se ornaron,
bailando en jardines que el cielo forjó;
las rosas del alba su aroma prestaron,
y el beso del viento tu sien coronó.

Cantares del oro, susurros de plata,
te envuelven, doncella de ensueño sin fin;
y el niño de estrellas, en tu alma retrata
la nueva promesa de un dulce jardín.
Jardín que no muere, ni arruga sus flores,
jardín donde el tiempo no sabe pasar;
ahí Margarita, bordando colores,

teje nuevos sueños para regalar.

Poeta que un día tu historia cantara,
—rubénico y dulce como azahar en flor—,
hoy mira tu danza, tu risa más clara,
y en versos de brisa suspira su amor.

Margarita linda, la mar está llena
de lumbre y espuma, de canto y rumor;
las almas que buscan la estrella serena,
encuentran en ti su sendero de amor.

Poema por Xavier Paz (En honor a Rubén Darío, Poeta Universal)

DONDE DUERMEN LAS CARTAS

La casa tenía esa quietud que sólo habita en los lugares que han sido olvidados. Las cortinas, amarillentas por el tiempo, bailaban con el viento de la tarde, mientras el crujido del piso de madera se convertía en el único eco fiel de los pasos de Elías.



Su abuela había muerto hacía pocos días, y como único nieto, le tocaba revisar la propiedad antes de decidir qué hacer con ella. No esperaba encontrar nada importante; sólo polvo, retratos antiguos, y ese olor a memorias que sólo los muebles viejos pueden guardar.

Fue en el desván donde la encontró.

Una caja de madera, con iniciales talladas en la tapa: M. R.

No tenía cerradura, pero al tocarla, Elías sintió algo extraño. Como si lo estuviera esperando.

Dentro, había decenas de cartas. Todas escritas a mano, con sobres sin sellar, sin marcas postales. Cada una dirigida a una persona distinta, con fechas espaciadas entre los años 1961 y 1999. Ninguna tenía remitente.

Pero algo lo estremeció más: la última carta tenía la fecha del día anterior... y su nombre en el sobre.

No la abrió. No todavía.

Esa noche no pudo dormir. Elías empezó a leer una de las cartas más antiguas. Era para una tal "Ana Beatriz", una mujer de ojos tristes —según decía la carta— que atendía la

panadería del pueblo en 1964. El autor le declaraba un amor callado, eterno y nunca correspondido.

Movido por la extrañeza, fue a buscar la panadería. Para su sorpresa, aún existía... y una mujer mayor, que limpiaba el mostrador, lo miró con un temblor cuando mencionó el nombre.

—Ana Beatriz... era mi madre —dijo—. Murió hace años. Siempre esperaba una carta que nunca llegó.

Elías, sin pensarlo, volvió al día siguiente con la carta. Al leerla, la mujer lloró en silencio.

—Ella lo presentía. Siempre dijo que alguien, algún día, vendría con su verdad.

*

Desde entonces, Elías se dio a la tarea de entregar cada carta. Una a una.

Algunos destinatarios aún vivían. Otros habían muerto, pero sus hijos, nietos o vecinos recibían las palabras con una mezcla de asombro, nostalgia y lágrimas.

Cada carta parecía traer consuelo, cerrar heridas, devolver voces a quienes creían haber sido olvidados.

Pero la suya seguía ahí.

Esperando.

*

Cuando sólo quedaba esa carta —la que llevaba su nombre— Elías por fin se atrevió.

La abrió con manos temblorosas. La letra era suave, familiar.

Y al leer, el aire pareció detenerse.

> “Elías:
>
> No sé cuándo leas esto, ni si llegarás a encontrar esta caja. Pero si lo haces, significa que estás listo.
>
> Todas estas cartas fueron escritas por quienes no se atrevieron, o no pudieron, entregar su amor en vida. Yo sólo fui la guardiana.
>
> Pero la tuya… es distinta.
>
> Porque aún no ha sido escrita.
>
> Tú eres el que debe escribirla.
> A esa persona que no conoces todavía, pero que en algún rincón del tiempo está esperándote.
>
> No temas buscarla.
> No temas sentir.
>
> El último sobre está en blanco.
>
> Escríbele.”

En el fondo de la caja, efectivamente, había un sobre vacío, con una hoja en blanco.

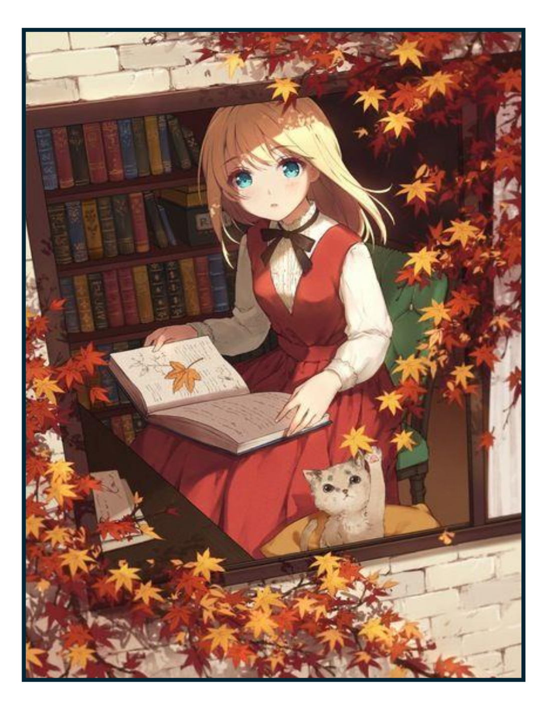
Elías salió al porche, con la noche envolviendo todo. Miró el cielo estrellado y pensó en todas esas almas que habían amado en silencio.

Y entendió.

A veces, los destinos se cruzan… no al entregar una carta.

Sino al atreverse a escribirla.

EL JARDÍN DONDE LAS ESTACIONES SE AMAN



Dicen que hay un lugar en el mundo que no aparece en los mapas. Un rincón escondido entre el susurro de los árboles y los sueños de los que aún creen en lo imposible.

Un lugar donde las estaciones no son solo clima, sino almas que habitan el tiempo.

Allí, en el corazón de un bosque que parece dormido, se extiende un jardín que nadie ve…

salvo aquellos que han perdido algo tan grande, que el mundo ordinario ya no les basta.

Sebastián tenía doce años cuando entró por primera vez.

Había escapado de casa tras el funeral de su hermana menor. La tristeza lo conducía como si fuera un viento. Y en medio de su fuga silenciosa, se adentró en un bosque que no recordaba haber visto antes.

Allí, entre la niebla y las hojas caídas, encontró una verja de hierro cubierta de musgo.

La abrió, y sin saberlo, *entró en el jardín donde las estaciones se aman.*

Primavera fue la primera en verlo.

Una mujer de cabello de flores y ojos que sonreían antes que su boca.

—¿Quién eres? —preguntó con voz de lluvia recién nacida.

—Sebastián. No sé por qué estoy aquí.

—Entonces es que perteneces —respondió con dulzura.

Pronto conoció a los demás.

Verano, con piel dorada como el trigo y risa que olía a mar.

Otoño, melancólico, de mirada profunda y voz que crujía como hojas secas.

Y *Invierno*... blanca, pálida, serena como un lago congelado, con manos heladas pero mirada sincera.

Cada uno lo trató como si supieran de su dolor.

Le hablaron de los árboles, de los ciclos, de los secretos del mundo que los humanos han olvidado.

Le enseñaron que todo lo que muere... también vuelve, de otra forma.

Pero había algo más que Sebastián no comprendía al principio.

Un secreto que vibraba entre los pétalos del jardín:

La Primavera e Invierno se amaban.

Se amaban con un amor imposible.

Nunca podían estar juntos más que en un único instante fugaz del año,

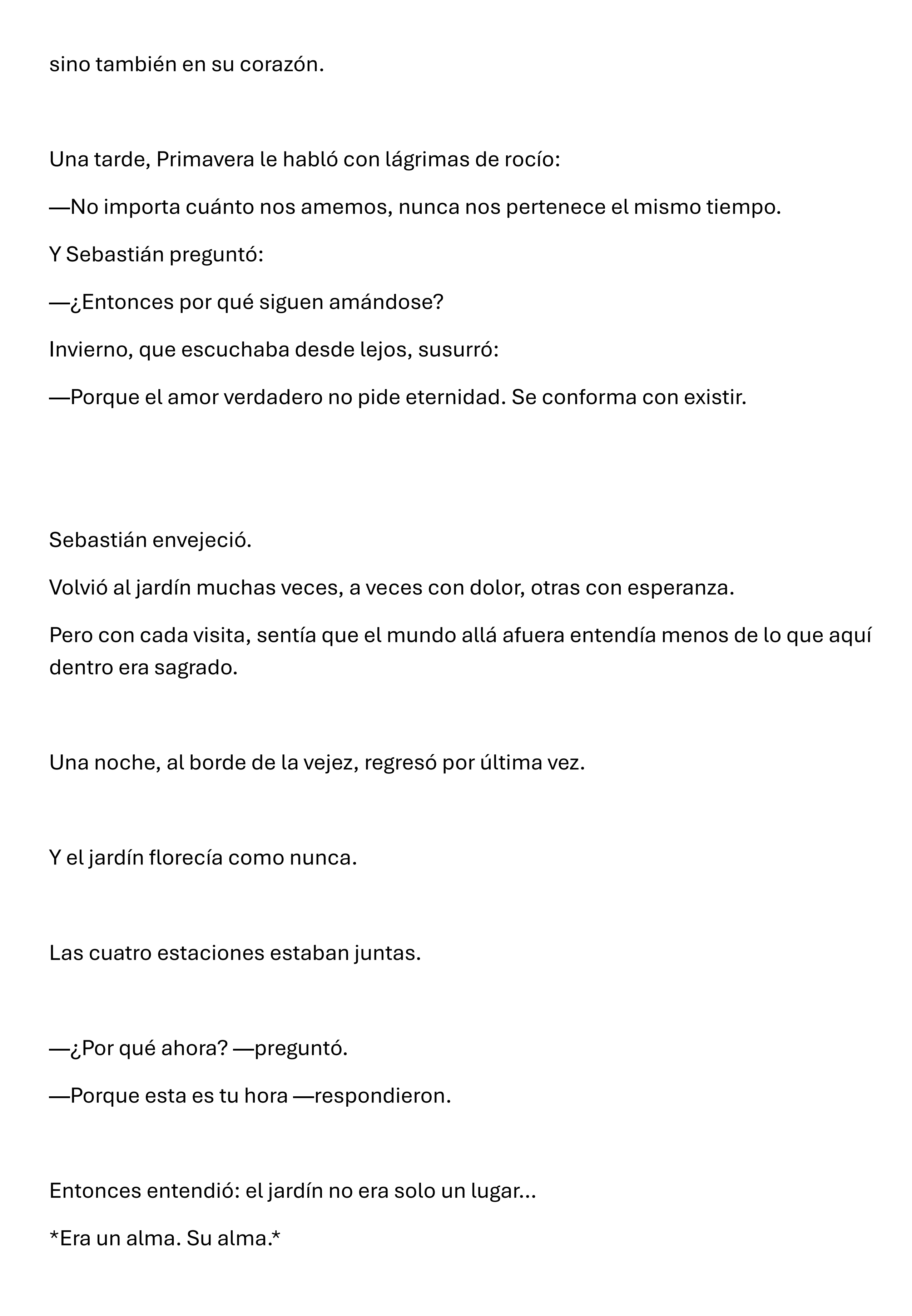
cuando el invierno comienza a ceder y la primavera asoma tímida.

Ese momento en que las flores brotan del hielo y el sol aún es suave.

Un beso, una mirada, un cruce de almas. Nada más.

Sebastián creció visitando el jardín en silencio.

Y con los años, entendió que ese lugar no solo existía en el bosque,



sino también en su corazón.

Una tarde, Primavera le habló con lágrimas de rocío:

—No importa cuánto nos amemos, nunca nos pertenece el mismo tiempo.

Y Sebastián preguntó:

—¿Entonces por qué siguen amándose?

Invierno, que escuchaba desde lejos, susurró:

—Porque el amor verdadero no pide eternidad. Se conforma con existir.

Sebastián envejeció.

Volvió al jardín muchas veces, a veces con dolor, otras con esperanza.

Pero con cada visita, sentía que el mundo allá afuera entendía menos de lo que aquí dentro era sagrado.

Una noche, al borde de la vejez, regresó por última vez.

Y el jardín florecía como nunca.

Las cuatro estaciones estaban juntas.

—¿Por qué ahora? —preguntó.

—Porque esta es tu hora —respondieron.

Entonces entendió: el jardín no era solo un lugar…

Era un alma. Su alma.

Y ese cruce imposible entre el hielo y la flor no era otra cosa que su historia misma:

la lucha entre lo que quería guardar…

y lo que tenía que dejar ir.

Cuando murió, nadie supo adónde fue.

Pero cuentan que si caminas por el bosque cuando el invierno se despide, y las primeras flores asoman entre la escarcha,

puedes escuchar la risa de Primavera…

y sentir una brisa fría que te acaricia como un adiós lleno de amor.

Y si cierras los ojos, quizás veas a Sebastián,

sentado entre las flores,

mirando cómo las estaciones se toman de la mano

aunque solo sea por un instante.

Porque hay amores tan grandes…

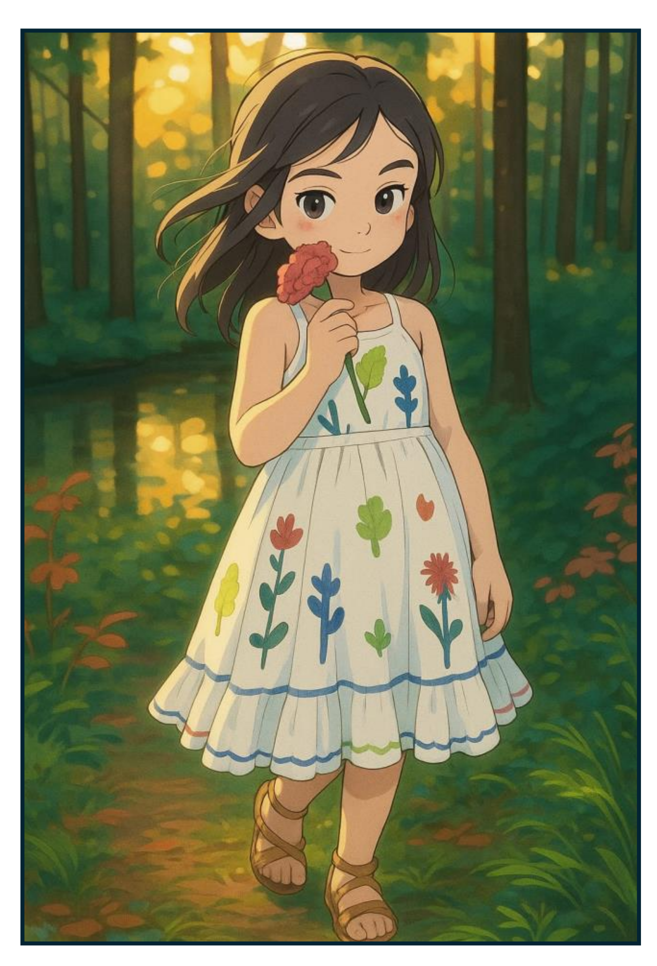
que encuentran su eternidad en un segundo.

PRINCE

El nombre de Sebastián se diluyó entre sirenas, cristales rotos y el eco metálico del impacto.

Manejaba su vehículo de regreso a casa, cuando de la nada, otro automóvil se pasó un semáforo y lo embistió violentamente en medio de la avenida.

Todo se volvió luz, ruido… y luego, oscuridad.



Cuando abrió los ojos, estaba en una cama de hospital, rodeado de rostros desconocidos y voces sin rostro.

No recordaba nada.

Ni su nombre.

Ni por qué estaba ahí.

Ni de quién eran esas lágrimas silenciosas que caían sobre su mano.

Los médicos dijeron “amnesia traumática”.

Pero aunque su mente estaba en blanco, *su alma aún guardaba un retazo de luz*.

Una vocecita.

Un lazo rojo en una muñeca diminuta.

Un apodo que le hacía latir el pecho con fuerza:

“Mi Princesa.”

Mientras tanto, en su pequeño pueblo, una niña de seis años llamada *Pamela* seguía esperando.

Cada tarde, salía con su cuaderno de dibujos y se sentaba frente al jardín, en la banquita donde Sebastián solía contarle historias del mar, de las estrellas y de mundos que solo ellos conocían.

—¿Vos creés que él se va a acordar de mí? —le preguntó un día a su mamá.

—Claro, mi amor... si las almas que se quieren de verdad no se olvidan.

Pamela lo creía.

Porque Sebastián no solo era su familiar: era su héroe, su compañero de aventuras, su refugio.

Y ella era su Princesa.

Así lo había dicho él una noche:

“Aunque el mundo cambie, tu siempre vas a ser mi Princesa.”

En el hospital, Sebastián en un profundo estado de coma, soñaba.

Primero eran imágenes borrosas:

Una bicicleta vieja.

Una hoja volando en cielo azul.

Una niña riendo bajo un árbol.

Después, voces:

—¡Sebas, mira lo que hice! —

—¡No vale que me ganes en las adivinanzas! —

—Prométeme que no me vas a olvidar nunca, aunque te vayas lejos. Nunca.

Y una noche, mientras dormía, soñó con una casita en un árbol.

Allí estaba ella: Pamela.

Con vestido amarillo y la pulserita roja que él mismo le había obsequiado años atrás.

—¿Ya te acuerdas de mí? —le dijo ella en el sueño, tomándolo de la mano.

—Yo nunca me fui de acá —lo miraba fijamente—. Siempre estuve esperándote.

Fue entonces cuando todo regresó.

No como un golpe, sino como una brisa que acaricia los recuerdos.

Las tardes jugando a las escondidas.

Los cuentos inventados.

Las lágrimas que le había secado.

Y su promesa más valiosa, una promesa con el dedo meñique:

"Si algún día me pierdo, tu me vas a encontrar."

*

A la mañana siguiente, en medio del asombro médico, Sebastián abrió los ojos con plena conciencia.

—¿Dónde está Pamela? —preguntó, con voz ronca pero decidida.

Semanas después, cuando regresó a casa, Pamela lo esperaba en la banquita.

Al verlo bajar del auto, corrió con todas sus fuerzas, lágrimas cayéndole sin permiso.

—¡Sebas! ¡Te acordás!

—¿Cómo olvidarte? —dijo, arrodillándose ante ella con la pulserita roja en la mano—.

Vos me encontraste cuando ni yo sabía dónde estaba.

Pamela lo abrazó tan fuerte que parecía unir sus dos mundos.

Porque el accidente había borrado muchas cosas.

Pero no el lazo entre ellos.

Eso vivía en lo más profundo del alma. Donde ni el olvido, ni la muerte, pueden entrar.

CUANDO DOS MUNDOS SE TOCAN



Dicen que al final de todo viaje, no somos los mismos que al principio.

Cambiamos.

Porque cada historia nos deja algo.

Porque hay mundos que, aunque lejanos, logran tocarnos.

A veces ese mundo es una persona que pasó por nuestra vida como una brisa suave, dejándonos con el corazón temblando.

A veces es un recuerdo que persiste como luz en medio de la noche.

O un nombre que no olvidamos aunque el tiempo quiera borrarlo.



Este libro ha sido eso:

Una constelación de almas.

Un rincón donde lo real y lo imposible se abrazan.

Donde un Rey pudo mirar a su Reina en un universo distinto.

Donde un chico esperó bajo cielos infinitos a quien el destino le prometió.

Donde una estrella llamada Samy iluminó el mundo más frío.

Donde una niña llamada Pamela logró vencer el olvido con amor puro.

Donde incluso los rumores de la vieja Nacha fueron semillas de verdades escondidas.

Todos ellos existieron, aquí, entre estas páginas.

Entre dos mundos.

Y ahora, mientras cerrás este libro, quizá también sientas ese leve susurro.

Esa sensación de que algo en vos ha sido tocado, movido, encendido.

Tal vez te lleves un poco de Sebastián.

O tal vez alguna lágrima por lo que no pudiste vivir.

Pero sobre todo, ojalá te lleves la certeza de que hay conexiones que nacen antes de conocerse, y que viven mucho después de despedirse.

Porque todos, de alguna forma, habitamos en más de un mundo.

Uno de carne y hueso, y otro hecho de memorias, sueños y palabras que jamás se olvidan.

Gracias por caminar entre estos mundos.

Gracias por sentir, por imaginar, por creer.

Y si alguna vez, en el silencio de tu propia historia, escuchas una voz suave decir tu nombre…

quizá sea uno de ellos,

volviendo por ti.

Desde otro mundo igual de maravilloso que este.

ENTRE DOS MUNDOS

"No es el tiempo, no es la distancia, es la conexión."

POR: XAVIER PAZ